



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

Aragón Rivas, Guillermo Antonio
Corpus trium. La eclesiología de Tertuliano
Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 18, 2009, pp. 399-403
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35512039033>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Corpus trium La eclesiología de Tertuliano*

Es conocido que los estudios sobre los Padres de la Iglesia y los escritores eclesiásticos se han multiplicado en la última centuria, principalmente a partir de la segunda mitad del siglo xx. Al mismo tiempo, la eclesiología ha conocido un importante desarrollo, sobre todo después del Concilio Vaticano II. De ahí que la realización de una tesis doctoral sobre la teología de la Iglesia de un escritor cristiano antiguo sea algo de suma actualidad y de mucho interés. Además, al estudiar la eclesiología de Tertuliano nos estamos remontando a los inicios de la especulación teológica sobre la Iglesia en el ámbito occidental. Asunto no de poca importancia, puesto que es quizá en el mundo latino donde la eclesiología alcanzó un más alto grado de desarrollo.

Los estudios sobre la eclesiología de Tertuliano comenzaron a principios del siglo pasado con la monografía de Karl Adam intitulada «Der Kirchenbegriff Tertullians: eine dogmengeschichtliche Studie»¹. Si bien esta obra sigue siendo válida en algunos puntos, ciertos aspectos parecen necesitar una revisión, debido a que han transcurrido ciento un años desde su publicación. En los años siguientes a la aparición de esta monografía se publicaron una serie de artículos sobre nuestro autor, pero es a partir de 1970 que los trabajos sobre Tertuliano, en general, y sobre su eclesiología, en particular, se hacen más numerosos. Sin embargo, no será sino hasta 1995 cuando se publique una nueva monografía dedicada al pensamiento del Cartaginés sobre la Iglesia, que lleva como título: «Tertullian and the Church», escrita por David Rankin². Aunque acomete una empresa que era ya necesaria, hay ciertos aspectos que no son profundizados suficientemente, y otros que no son abordados por este autor.

Todo lo anterior contribuyó a que la idea de realizar mi tesis doctoral sobre la eclesiología de Tertuliano me pareciera cada vez más interesante, al considerar, en primer lugar, que Tertuliano era el primer gran autor en escribir en lengua latina; en segundo lugar, que era posiblemente el primero en elaborar una doctrina sobre la Iglesia en Occidente y; por último, que no existía un trabajo de investigación completo y reciente sobre su eclesiología.

Así pues, esta tesis pretende contribuir al estudio de un autor tan importante y en un tema tan central de su pensamiento. Para este fin hemos procurado analizar directamente los textos de sus obras literarias. Ciertamente la tarea no era fácil, puesto que Tertuliano no tiene ningún tratado dedicado a la Iglesia a partir del cual se pueda establecer claramente su pensamiento sobre esta realidad. Si a esto le sumamos que su latín es difícil y su estilo en algunas ocasiones oscuro, y en otras aparentemente contradictorio, la dificultad aumenta. Además, al momento de consultar los trabajos de distintos estudiosos del Cartaginés con

* Tesis defendida en la Universidad de Navarra, Facultad de Teología, el 18 de junio de 2008. Formaron parte del tribunal los profesores José Ramón Villar (presidente), Domingo Ramos-Lissón, Marcelo Merino, Jutta Burggraf, Juan Antonio Gil (secretario).

1. K. ADAM, *Der Kirchenbegriff Tertullians: eine dogmengeschichtliche Studie*, F. Schöningh, Paderborn 1907.

2. D. RANKIN, *Tertullian and the Church*, Cambridge University Press, Cambridge 1995.

motivo de la elaboración del primer capítulo de la tesis, nos encontramos con algo que al inicio nos sorprendió: la contradicción entre algunos de ellos en la valoración de la figura y de la teología de nuestro autor. Por ejemplo, para ciertos especialistas la ruptura entre el Tertuliano «católico» –como lo llaman ellos– y el Tertuliano «montanista» era total. Para otros, en cambio, se debía hablar más bien de continuidad. Esto no hizo más que crear en nosotros, por un lado, un pequeño desconcierto, pero, por otro, despertó el deseo de descubrir al, por así decir, «verdadero» Tertuliano.

Nos propusimos, pues, adentrarnos en el estudio de los textos del Cartaginés libres de prejuicios, en la medida en que esto pueda ser posible. Pero aquí surgía un nuevo problema: la obra de Tertuliano es extensa y descubrir los pasajes en que habla de la Iglesia no parecía ser tarea sencilla. Para esta labor nos servimos de una serie de instrumentos, tales como los diversos estudios sobre el vocabulario de Tertuliano y los motores de búsqueda informáticos en la página de Internet dedicada a Tertuliano: www.tertullian.org, la cual contiene las ediciones de todas sus obras. Siempre que obtenía un resultado lo corroboraba en las ediciones impresas que se encuentran en la Biblioteca de la Universidad de Navarra. La edición de las obras completas de nuestro autor de la que nos hemos servido es la del *Corpus Christianorum* en su *Series Latina*. Si alguna vez se estimaba que la lectura de otra edición era preferible, se ha hecho notar en nota a pie de página en el texto de la tesis.

Una vez identificados estos pasajes llegaba el momento de hacer una ulterior selección para elegir aquellos que iban a ser objeto de un análisis más profundo, puesto que no era posible –con el fin de no hacer demasiado extensa la tesis–, estudiar detenidamente todos los textos encontrados. Procuramos seleccionar aquellos pasajes que parecían encerrar una mayor riqueza eclesiológica. Además, cuando fue posible –y casi siempre lo fue–, escogimos textos de cada uno de los dos periodos de nuestro autor, es decir un texto no montanista y otro montanista, para compararlos y determinar si existían o no cambios en su pensamiento. Esta fue una de las tareas más interesantes y enriquecedoras de nuestra investigación.

Hemos intentado, al momento de analizar los textos de Tertuliano, estudiar su vocabulario para conocer el significado de las palabras que emplea. Para tal fin hemos investigado los antecedentes lingüísticos tanto en la literatura cristiana como entre los escritores de la antigüedad clásica. De este modo quedaban al descubierto las posibles influencias tanto de los autores cristianos griegos, como de los escritores paganos latinos.

Por otro lado, antes de iniciar con el estudio de los textos, procedimos a buscar entre los autores cristianos que precedieron al Cartaginés los antecedentes de las doctrinas que aparecen en su obra. Haciendo esto era posible darse cuenta del estado de la reflexión teológica en el momento en que Tertuliano escribe, así como de las posibles influencias recibidas y de su originalidad.

Hemos tratado de que los textos de Tertuliano nos hablaran por sí mismos. Por eso, en primer lugar, se han analizado con el objeto de extraer las ideas principales contenidas en ellos. Sólo en un segundo momento hemos acudido a la bibliografía secundaria, lo cual ha servido para confrontar nuestras conclusiones y enriquecer algunos conceptos.

Llegaba entonces el momento de comenzar con la labor de redacción. El primer capítulo tiene un carácter de introducción general a la vida y pensamiento de Tertuliano, que es

de mucho interés, sobre todo, para ver de cerca las fuentes de su pensamiento y su forma de hacer teología. El objetivo de este capítulo era el de poner las bases para entender el estilo y la forma de pensar de Tertuliano. Con esto estábamos ya en condiciones de afrontar el pensamiento del Cartaginés acerca de la Iglesia.

El primer paso consistió en estudiar los textos que contenían las imágenes que usa nuestro autor para referirse a la Iglesia. Nos pareció que las imágenes proporcionaban una base sólida para dar inicio a nuestro estudio, ya que ellas definen en un solo concepto puntos esenciales del pensamiento eclesiológico del Cartaginés. Estas imágenes se podían dividir en dos categorías: principales y secundarias, según se refieran a la naturaleza misma de la Iglesia o se centren en las características de la Iglesia en cuanto realidad existente en este mundo. Las imágenes principales hablan del carácter divino de la Iglesia y señalan las propiedades que más subrayan esta realidad: la unidad y la santidad. Pero esta última en dependencia de la primera, es decir, la Iglesia es Santa porque está unida a Dios a través de la participación en su mismo *spiritus*, o sea en su misma sustancia. Esta primacía de la unidad se ve en la relación existente entre todas las imágenes principales: La Iglesia es madre porque es la esposa virgen de Cristo, la nueva Eva, formando así ambos una unidad. Esta unión e igualdad de planos entre Dios y la Iglesia puede darse en virtud de que la Iglesia es –utilizando una expresión de Tertuliano– *proprie et principaliter spiritus*³, es decir la misma sustancia que constituye la divinidad y por eso puede ser llamada *trium corpus*⁴, cuerpo o sustancia de los tres, según la concepción estoica del término *corpus*, para la cual la palabra *corpus* se mueve en el ámbito de la sustancia. Saltaba a la vista ya desde este momento la primacía de la unidad en la eclesiología del Cartaginés.

Las imágenes secundarias hablan de la relación de la Iglesia con el mundo y en ellas descubrimos una serie de temas que debían ser estudiados en los capítulos posteriores, tales como la apostolicidad, la necesidad de pertenecer a la Iglesia para obtener la salvación y el sacerdocio común.

Por último, en este segundo capítulo, al comparar los textos de ambos periodos de nuestro autor se hacía evidente que no cabía hablar de una ruptura en el pensamiento de Tertuliano; sino más bien había que hablar de continuidad, aunque es verdad que en algunos aspectos sus posturas se habían endurecido con el paso del tiempo.

Resultaba claro que el estudio de las imágenes nos sugería una serie de temas en los que se debía profundizar. Comprobamos que Tertuliano había desarrollado cada uno de los cuatro atributos de la Iglesia, aunque él en ningún momento menciona explícitamente el concepto de atributos o propiedades. Sin embargo nos pareció adecuado realizar en el tercer capítulo una sistematización basada en estas cuatro características. Pudimos confirmar que el atributo principal de la Iglesia para Tertuliano es el de la unidad. Para el Cartaginés la unidad de la Iglesia tiene su fundamento en la unidad de la Trinidad. Esta participación en la unidad de Dios tiene sus manifestaciones en la Iglesia de este mundo: La Iglesia es una porque comparte la misma fe y la misma disciplina, y porque celebra los mismos sacramentos. La *pax*

3. *De pudicitia* 21,16.

4. *De baptismo* 6,2.

eclesial, manifestada por el orden y la armonía en las comunidades cristianas, es el resultado de esta unidad y el reflejo en este mundo de la unidad trinitaria.

Por otro lado, hemos descubierto que para nuestro autor las distintas iglesias forman una unidad en virtud de que todas han recibido la misma fe de los apóstoles, quienes, a su vez la recibieron de Cristo. La fidelidad en la conservación de la doctrina predicada por los apóstoles es lo que constituye a una iglesia en apostólica y lo que hace que forme parte de la única Iglesia. Tertuliano al hablar de la apostolicidad pone más el acento en la transmisión de la doctrina de una iglesia a otra que en la sucesión de obispos.

El atributo de la catolicidad también aparece, aunque en menor medida, en nuestro autor. La Iglesia es católica porque, aún siendo una, está extendida por todo el orbe y porque custodia la doctrina auténtica. Tanto al hablar de apostolicidad como de catolicidad Tertuliano no descuida en ningún momento las referencias a la unidad.

En el capítulo dedicado a las imágenes resaltaba la importancia que el atributo de la santidad tiene para Tertuliano. Su afán por querer que la Iglesia terrena se conformara cada vez más con su modelo celeste le llevó a desear que todos los fieles llevaran una vida sin tacha. Tertuliano llegó así casi a identificar la santidad de la Iglesia con la santidad en la Iglesia. En esto tuvieron mucho que ver sus esperanzas escatológicas y su postura de ruptura radical con el mundo pagano. Esta noción de la santidad se encuentra desde sus primeros escritos, aunque se agudiza en su etapa montanista.

En el estudio de los textos que llevamos a cabo en este capítulo tampoco pudimos apreciar ninguna diferencia o cambio sustancial en la doctrina eclesiológica del Cartaginés. Al contrario, su teología sobre la Iglesia parecía cada vez más consistente.

En el cuarto capítulo analizamos la forma en que la Iglesia cumple su misión en este mundo de ser el medio a través del cual Dios ofrece su salvación a los hombres. Para ello pareció indispensable estudiar la doctrina sacramental de Tertuliano, poniendo el acento en el papel que tiene la Iglesia en la administración de los sacramentos y en la situación en que se encuentran los fieles en relación a ella al recibirlos. Si bien en Tertuliano no existe una doctrina sacramental propiamente dicha, en sus escritos encontramos material suficiente para desarrollar una sistematización de lo que afirma acerca de lo que ahora entendemos por «sacramentos». Así comprobamos que para el Cartaginés el bautismo es el sacramento que incorpora a Cristo y a la Iglesia. El bautismo abre también las puertas para recibir la eucaristía, la cual, al unir al cristiano con Cristo, lo une necesariamente con los demás miembros de su cuerpo, es decir, con la Iglesia. La penitencia es un tema que ocupa muchas páginas de la producción literaria de Tertuliano. Para nuestro autor la penitencia es el medio para reconciliar al pecador con Dios y con la Iglesia. Esta reconciliación se daba por medio de ella: la sentencia absolutoria de la Iglesia era signo del perdón concedido por Dios. En uno de sus últimos tratados, el *De pudicitia*, Tertuliano señalará que existen pecados que no pueden ser perdonados por la Iglesia, sino únicamente por Dios. Este cambio se debió posiblemente a un giro en la praxis penitencial de las iglesias africanas, el cual se conformaba muy bien con el carácter rigorista de nuestro autor. Por último, hemos constatado que para el Cartaginés el matrimonio entre cristianos es imagen del matrimonio espiritual entre Cristo y su Iglesia; es por este motivo que el matrimonio crea un vínculo indisoluble y único. Para Tertuliano los

miembros de la Iglesia deben dar su aprobación y bendición al matrimonio, puesto que tales acciones son el signo de que esta unión es querida por Dios.

Finalmente, quedaba por estudiar el tema del orden sacerdotal y la estructura de la Iglesia. El material disponible era tan abundante que era obligado dedicar un capítulo entero al análisis de la diversidad de los miembros en la Iglesia y las distintas funciones desempeñadas por algunos de ellos. Nos sorprendió encontrar toda una rica teología en nuestro autor sobre el sacerdocio común. Luego fuimos descubriendo que para Tertuliano el sacramento fundamental que constituye a todos los cristianos como iguales es el bautismo. Por este sacramento el fiel queda configurado como sacerdote capaz de ofrecer sacrificios espirituales a Dios con toda su vida. En virtud de esta radical igualdad de todos los cristianos, no se puede hablar propiamente en la eclesiología de Tertuliano de una «estructura jerárquica»: para nuestro autor la diferencia entre los ministros sagrados y los laicos es sólo de grado. Esto no significa que Tertuliano niegue la necesidad de los ministros ordenados. En su eclesiología, la jerarquía es indispensable para que se conserve la *pax* en la Iglesia, que es reflejo de la unidad trinitaria. Tanto es así que, para él, sin la jerarquía es imposible que se mantenga la unidad de la Iglesia en este mundo. Por tanto, los obispos y los demás ministros sagrados cumplen una función esencial en la Iglesia.

Pero había un tema pendiente: el del papel que concede Tertuliano a Pedro en la Iglesia. Nuestro autor afirma que Pedro es el modelo tanto de la vida ordinaria sacramental de la Iglesia como de su vida profética y carismática. Por sus poderes ordinarios, concedidos por Cristo a él y a los apóstoles y transmitidos a través de ellos a las iglesias, es ejemplo para la *ecclesia numerus episcoporum*, es decir, para la Iglesia en su aparato ministerial; por sus dones proféticos y carismáticos la *ecclesia spiritus*, la Iglesia en cuanto realidad divina, puede actuar a través de él en este mundo. Pero no se trata de dos iglesias distintas, sino de la única Iglesia de Cristo. El estudio de la figura de Pedro nos llevó a preguntarnos por el papel que asigna nuestro autor a la sede de Roma. Según Tertuliano, Roma es una comunidad digna de especial estima, puesto que en ella murieron Pedro y Pablo; sin embargo, esto no significa que el obispo de Roma tenga un «primado» sobre las demás iglesias. Esta conclusión es coherente con el concepto que Tertuliano tiene de la sucesión apostólica –más comunitaria que personal– y con su concepción de los obispos como servidores y no como cabezas de las iglesias particulares.

En conclusión, la eclesiología de Tertuliano se caracteriza por su coherencia interna. Sus planteamientos son constantes a lo largo de toda su carrera literaria. Todos sus desarrollos eclesiológicos parten de un origen común: la Iglesia está radicada en el seno mismo de Dios, lo que hace que comparta con Él el mismo principio vital, el *spiritus*. Este *spiritus*, que garantiza la unidad en la Trinidad, es el mismo que mantiene unidos a Cristo y a su Iglesia, y el que produce la unidad de la Iglesia en este mundo. De aquí que toda la eclesiología del Cartaginés esté basada en la unidad. Este énfasis en la unidad está presente tanto en sus escritos no montanistas como montanistas.

Guillermo Antonio ARAGÓN RIVAS
5 Avenida 3-20 zona 14,
Ciudad de Guatemala, GUATEMALA
aaronr@alumni.unav.es